

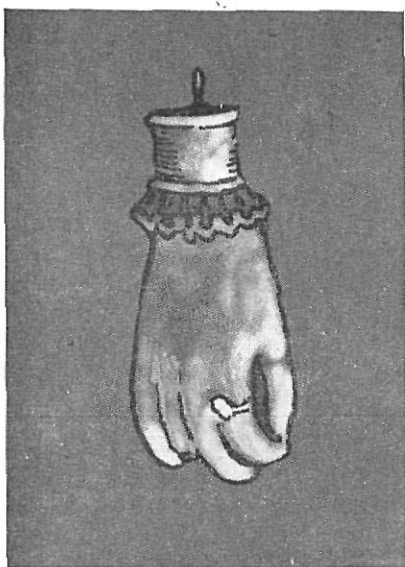
# El Emperador Carlos V y Gerona

Por JAIME MARQUÉS

Archivero de la S. I. Catedral y Director del Museo Diocesano

El IV Centenario de la muerte del glorioso Emperador Carlos V de Alemania y I de España, otorga un carácter de actualidad a todos los objetos y sucesos que se relacionan con su egregia personalidad.

En memoria suya ha organizado la Dirección General de Bellas Artes una importante exposición en la imperial ciudad de Toledo, donde en



Ex-voto ofrecido por el Emperador a la Virgen que preside el altar mayor de la iglesia parroquial de Castelló de Ampurias

estas mismas fechas se exhiben piezas y documentos de toda España correspondientes a la época del Emperador.

Gerona no ha estado ausente de esta exposición, y allí se hallan notables piezas de los Museos y Archivos gerundenses.

El Museo Diocesano de Gerona exhibe una pieza de un valor material considerable por ser de plata y marfil y estar adornada de una perla y esmaltes, pero que consideramos superior en valor histórico por su indudable vinculación al paso de aquel monarca de inmensos dominios por el territorio de nuestra provincia y por nuestra ciudad.

Esa pieza consiste en una mano de marfil que ostenta en uno de los dedos una sortija adornada de una perla y tiene la muñeca de plata con el extremo de la bocamanga rizado y esmaltado, cuya muñeca termina en un orificio apto para tener

colgada la pieza. Esta mide 70 mm. de largo por 25 mm. de ancho.

Tiene el número 1550 del Catálogo sistemático del Museo y procede de la iglesia parroquial de Castelló de Ampurias, a la cual había sido ofrecida, en calidad de exvoto, por el Emperador. En tiempos idos se deterioró el dedo anular de la mano y la sortija fué colocada en el dedo índice, lo cual confiere a la pieza un aspecto algo irregular.

Hasta aquí, lo que constituye la descripción externa de una obra de orfebrería singular que será admirada por los amantes de la Historia y del Arte en el ámbito nacional, y que ordinariamente avalora la colección de piezas de orfebrería, recientemente instalada en el dormitorio real del Palacio de Carles de Gerona, gracias a una subvención al efecto concedida el año último por el Ministerio de Educación Nacional por mediación de la Dirección General de Museos, a cuyos altos organismos nos complacemos en testimoniar nuestra gratitud desde este lugar.

Pero intrigados por descubrir el origen histórico de la ofrenda hecha a Santa María de Castelló de Ampurias, a cuya iglesia que se sepa, ninguna especial vinculación tuvo nuestro rey, hemos creído que podía relacionarse con un azaroso viaje que de incógnito realizó el Emperador desde Rosas a Barcelona pasando por Castelló de Ampurias y Gerona, cuya noticia —hasta ahora inédita— se ha conservado en el precioso venero de las Actas Capitulares del Archivo Catedral de Gerona, que ahora damos a la publicidad, traduciendo sólo del latín el pintoresco y vívido relato que del paso de Carlos V por esta ciudad, escrito sobre la marcha, nos dejó el secretario Capitular don Pedro Llobet en nota de 21 de abril de 1533:

«En este día ha ocurrido en esta ciudad un hecho digno de recordarse y anotarse. Pues el invictísimo y gran príncipe de Romanos, Emperador Carlos, Rey de las Españas y señor y caudillo de otros muchos países, el cual en otro tiempo por medio de sus generales había derrotado al rey de Francia Francisco I con todo su poderoso ejército en Pavía, y había hecho prisionero al sumo pontífice Clemente VII, que apoyaba a aquél mientras se defendía valerosísimamente dentro las murallas de Roma, y había tomado por asalto esta

ciudad de Roma, en otro tiempo dominadora del orbe de las tierras, y el mismo castillo de Santángelo, después de saqueados todos sus bienes, y había realizado otras valerosísimas hazañas; luego, partiendo de España, reprimidas las subversiones de Italia, hechas las paces con el sumo Pontífice y recorrida toda Alemania, había derrotado al Gran Turco arrojándolo de Hungría y obligándolo a retirarse confuso, el cual se decía que tenía en armas a cuatrocientos mil hombres; y finalmente victorioso en todas las campañas y atraídos los ánimos de todas las potestades, regresando con poderosa flota, se dirigía velozmente a Barcelona donde le esperaba su Serenísima esposa.

Pero obligado por una furiosa tempestad, tuvo que bordear la costa de Francia y por fin tomó tierra en Rosas, valiéndose de dos pequeñas embarcaciones despidiendo el resto de la flota. Esto ocurrió alrededor de las doce horas de este día. En Rosas tomó unas caballerías de unos campesinos, que pudo encontrar, y a marchas forzadas, pasando por Castelló y Bácsara, entró en Gerona alrededor de las ocho de la tarde, de incógnito, aunque acompañado de cuatro soldados cuyo único distintivo era el cinturón militar.

Aquí se refociló durante una hora y media aproximadamente en la posada del Correo, o de los Recaderos y tomando nuevos caballos partió a Barcelona a donde llegó felizmente a las diez horas del día siguiente. Cuentan, en efecto, que allí su consorte se encontró al serenísimo Emperador en su habitación antes de que circulara ningún rumor de su llegada.

Pero volvamos a Gerona. No pudo pasar desapercibida tan gran Majestad, sin que fuera reconocido al momento. Se notifica a los Jurados y personas distinguidas de la Ciudad que estaba allí el Emperador. La cosa parecía increíble. No había tiempo para deliberar. Divulgado el rumor de que en la ciudad estaba presente el Emperador, toda la población se puso en movimiento. Acude una gran multitud a la posada de los recaderos. (1) Allí tenía entrada todo el mundo, pobres y viudas, ancianos y jóvenes sin distinción. Pero el mismo augusto César, para hacerse más visible y afable a sus vasallos, caminaba por el aula o patio general, hablaba con todos; llegaban los jurados, los nobles, los ciudadanos y otras personas distinguidas, los cuales eran recibidos por él benignamente.

(1) Existía una posada pública en el edificio que actualmente tiene el núm. 9 de la calle Subida del Rey Martín. Bien pudo ser éste el lugar donde cenó el Emperador, ubicado entre el portal de Santa María o de Francia, por donde había entrado en la ciudad procedente de Rosas y Castelló, y la iglesia de San Félix, ante cuya puerta principal pasó después al partir para Barcelona.

La ciudad bullía por la llegada tan inesperada de su nuevo rey y príncipe, y también porque se decía que al mismo tiempo iba a partir para Barcelona. Los nobles y los Jurados de la Ciudad no podían deliberar sobre lo que tenían que hacer. Sin pérdida de tiempo, después de tomar un poco de alimento, subió a un nuevo caballo y pasando por la plaza de San Félix, calle de las Ballesterías y plaza de las Coles, iba a paso lento hasta llegar al puente de los PP. Franciscanos, donde apretó las espuelas al caballo y emprendió la carrera, diciendo al Rvdmo. Sr. D. Juan de Margarit, entonces Arcediano mayor de la Seo: «Arcediano, nos veremos de nuevo a Barcelona». Esta frase fué para muchos oyentes un presagio de algún próspero sucesor. Y se añadía que en la misma posada de los recaderos le había tratado con singular afecto. Y como entonces se hallaba vacante la Sede de Gerona, también se divulgaba que el mencionado Arcediano iba a ser nombrado obispo, sobre todo teniendo en cuenta que el Cabildo y los Jurados de la Ciudad habían intercedido en favor suyo delante del mencionado invictísimo Príncipe (2).

Pero era hermoso ver como desde que se esparció el rumor de que el Emperador partiría sin demora, se hizo una nueva aglomeración de gente en la calle por donde tenía que pasar, de suerte que apenas habría un solo ciudadano que no saliera a ver al nuevo príncipe tan famoso. Y de tal modo quedó apretujada toda la calle de la ciudad, que no podía abrirse paso sino por la fuerza y violencia, mientras todos gritaban: «Viva el Emperador». Y toda la calle estaba tan clara como suele estarlo a mediodía, a causa de que no había atrio, ni puerta, ventana ni abertura que no estuviera iluminada con luces o antorchas, y todos los que estaban en la calle tenían en sus manos cirios, antorchas, candelas o linternas.»

Hasta aquí el relato, cortado por la emoción, del cronista capitular.

Nosotros añadimos solamente que es de creer que el Emperador a su paso por Castelló, agradeciendo al Cielo el favor de haberse librado del furor de la tempestad que le obligó a desembarcar precipitadamente en Rosas, dejaría, como exvoto ofrecido a la Virgen, el recuerdo que ahora figura en lugar de honor en el Museo Diocesano de nuestra ciudad, y circunstancialmente se halla en la exposición de recuerdos de Carlos V en la ciudad de Toledo.

(2) El Arcediano citado, D. Juan de Margarit, fué efectivamente nombrado obispo de Gerona, cuya sede ocupó desde julio de 1534 hasta octubre de 1554, en que murió de ancianidad.